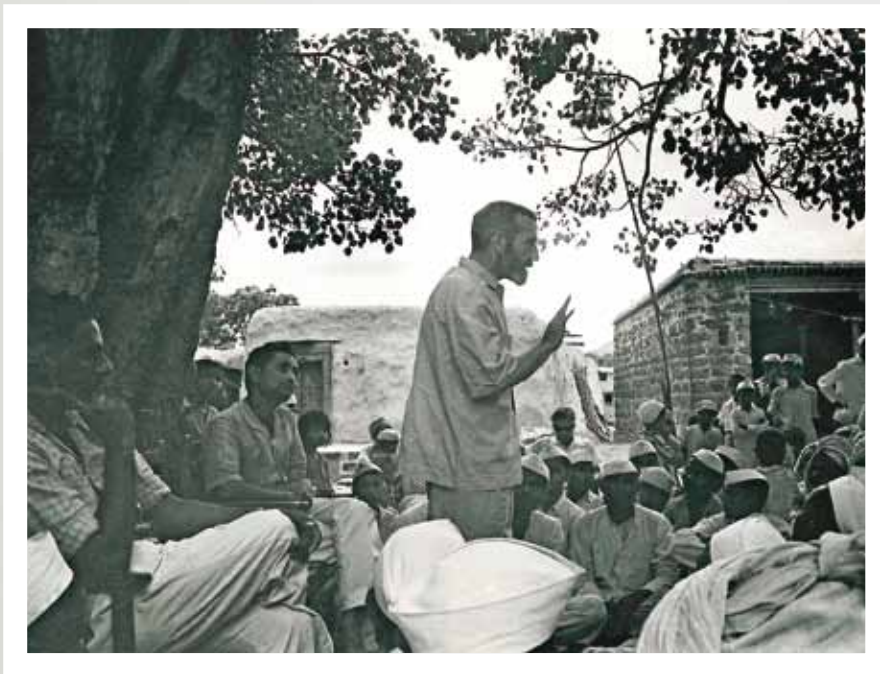


LA SORPRENDENTE VIDA DE VICENTE FERRER

Claves de interpretación en una entrevista inédita



LUIS ESPINA CEPEDA, SJ
Periodista

En el quinto año de la muerte de **Vicente Ferrer**, ocurrida el 19 de junio de 2009, esta inédita entrevista, realizada cuando él aún era jesuita, desentraña las claves de su pensamiento sobre los principales conceptos que dieron sentido a su vida.

“La Iglesia solo puede ser levadura”

NOTA PREVIA

La figura de **Vicente Ferrer** no pasa de moda, mantiene una sorprendente actualidad. El quinto aniversario de su muerte, ocurrida el 19 de junio de 2009, invita ahora a recordar sucintamente su vida, a realizar algunas consideraciones sobre el impresionante impacto mediático alcanzado por su figura histórica, antes y después de su muerte, y a recoger las ideas que alentaron su apasionada y apasionante existencia.

Al morir, Vicente Ferrer había culminado casi 60 años de estancia en la India, con una actividad sorprendente a favor de los más necesitados de aquel país: 1.696 escuelas construidas, 4.978 asociaciones de mujeres con 67.135 miembros, 17 clínicas y hospitales, 30.000 viviendas, 2,8 millones de árboles plantados, etc., etc. Desde el 23 de febrero de 1952, primero como jesuita y posteriormente como laico muy comprometido, había protagonizado una intensa vida de servicio a los demás. Después de su muerte, el impacto mediático de su figura ha experimentado una notable sobredimensión, particularmente intensa en los medios laicos, no confesionalmente religiosos.

Brinda ocasión para hablar de Vicente Ferrer en el quinto aniversario de su muerte esta entrevista, que tiene una pequeña historia particular. Concedida por Vicente Ferrer en el ya muy lejano y mítico 1968, se ha mantenido hasta ahora intocada e inédita, por estar destinada a ser incluida en un libro que no llegó nunca materializarse y a tomar cuerpo. La entrevista, por la naturalidad con la que se expresa el entrevistado y por el interés intemporal de las ideas que en ella vierte, mantiene su vigor y su frescura y posibilita un importante acercamiento a la figura todavía actual de Vicente Ferrer.

La entrevista fue realizada en Madrid, en la bien instalada casa de unos amigos suyos donde se estaba hospedando, con ocasión de una *expulsión* de la India que Vicente Ferrer sufrió en el año 1968. La circunstancia no era del todo reconocida por el Gobierno indio, pues la entonces primera ministra del país, **Indira Gandhi**, intentó en aquellos días justificar la expulsión de Vicente Ferrer presentándola como “unas cortas vacaciones, después de las cuales será bien recibido otra vez en la India”.

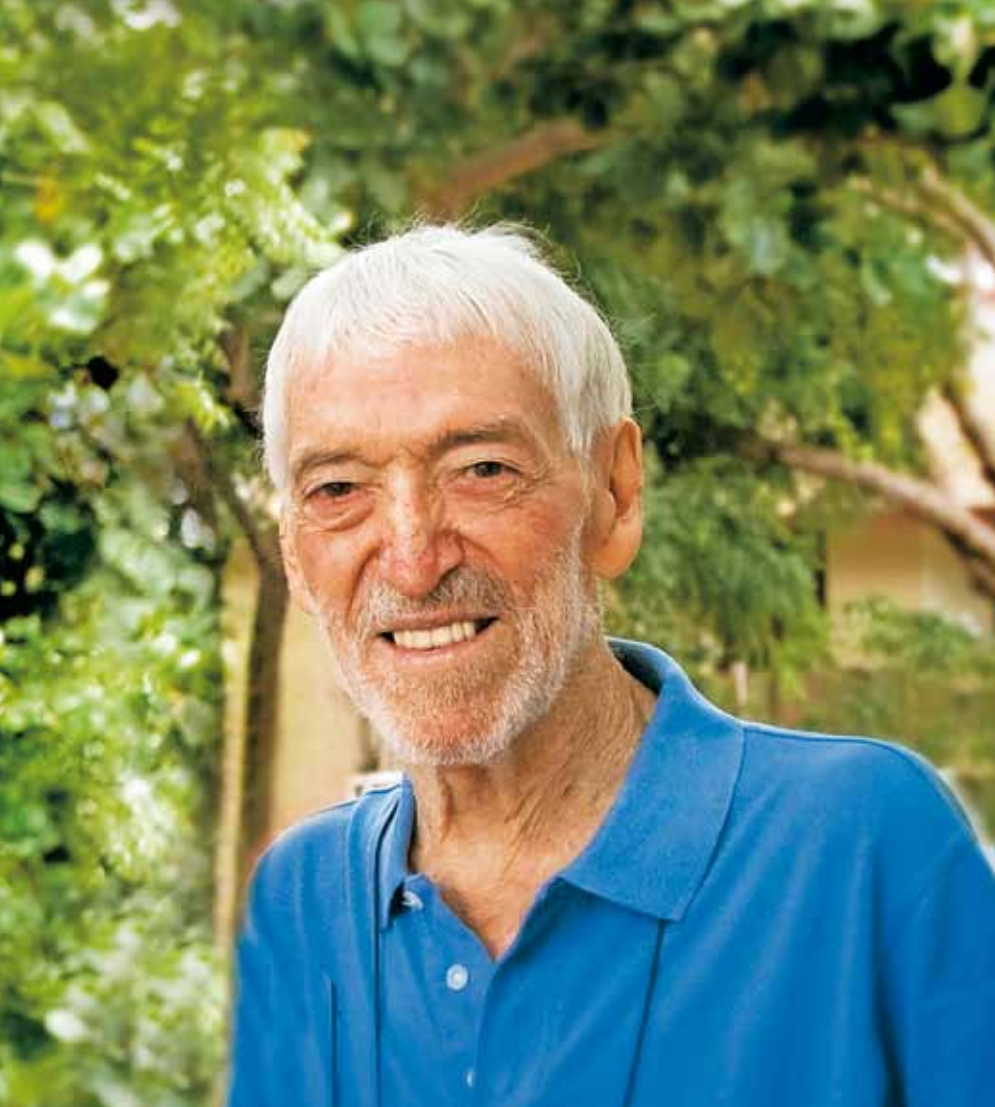
En realidad, Vicente Ferrer tuvo que permanecer casi un año en España y, al volver a la India, se vio obligado a cambiar el emplazamiento de su actividad, pues no le admitieron en Manmad, en el Estado de Maharashtra, donde había trabajado anteriormente, y tuvo que volver a empezar su tarea humanitaria; se vio obligado a reiniciar su labor en otra zona pobrísima del país, Anantapur, donde su obra se multiplicó muchísimo y donde, finalmente, sería enterrado hace ahora cinco años, en 2009.

La fecha en la que fue realizada la entrevista –en las inmediaciones del legendario mayo de 1968– se ha convertido posteriormente en emblemática. Algunos de los temas tratados responden a preocupaciones muy de la época, pero sus explicaciones resultan ahora mucho más claras e interesantes que pudieron ser entonces: la acusación de *temporalismo*, contra el trabajo humanitario realizado por un miembro directo entonces de la Iglesia; la reflexión sobre el término –en aquellos años, en boga– de *desarrollo comunitario*; la discusión, típica de los primeros tiempos posconciliares, sobre la *sotana* como vestimenta diferenciadora de los clérigos; la reflexión personal sobre los términos teológicos de *sacerdote* y *religioso*; la



atrevida interpretación que hace sobre la *crisis de vocaciones* para el sacerdocio católico, que ya entonces se comenzaba a sentir... Las ideas del todavía entonces P. Vicente Ferrer están expuestas con mucho calor y viveza, de forma comprometida, usando un lenguaje muy coloquial, pero no desconociendo que la conversación podía hacerse pública, pues se realizó delante de un magnetofón puesto en marcha.

Por otra parte, la entrevista tiene un interés adicional para llegar al fondo del conocimiento de la figura de Vicente Ferrer, pues está hecha muy poco tiempo antes de que él abandonase su condición de jesuita y el mismo sacerdocio católico. A los pocos meses de su vuelta desde Madrid a la India –concretamente, en mayo de 1970–, Vicente Ferrer abandonó la Compañía de Jesús y se casó con una periodista inglesa –**Anne Perry**– que hasta entonces había sido su secretaria. Esta circunstancia proyecta también una luz importante sobre su persona y sobre todo el conjunto de ideas vertidas en aquella ocasión por el entrevistado. La



singular personalidad de Vicente Ferrer, en el momento actual y desde distintos ángulos, sigue siendo objeto de interés.

Una razón adicional por la que todavía resulta oportuna la publicación de esta entrevista –tal como fue entonces redactada, sin retoques– no es solo porque posibilita un conocimiento privilegiado de la siempre enigmática personalidad de Vicente Ferrer, sino porque plantea en la actualidad la problemática de si su figura hubiese resultado igualmente mediática si él hubiese permanecido como jesuita y dentro del sacerdocio. El caso es un peculiar fenómeno de comunicación social que merece cierta investigación.

Solo algunos datos, sobre el fenómeno mediático producido en torno a su persona. En 2010, por cuarta vez, Vicente Ferrer fue presentado como candidato al Premio Nobel de la Paz. Apoyaron directa y expresamente su candidatura el Gobierno español, entonces del PSOE, a través del que era ministro de Asuntos Exteriores, **Miguel Ángel Moratinos**; los ya en ese año expresidentes de España

y Chile, **Felipe González** y **Ricardo Lagos**, respectivamente; personajes populares tan diversos como el cocinero **Ferrán Adrià** o el expresidente de la UNESCO, **Federico Mayor Zaragoza**; también vino a sumarse el Partido Popular; se llegaron a conseguir 80.000 adhesiones personales, a través de Facebook... Solo el que el Nobel de la Paz 2010 se concediese, de hecho, aquel año a un personaje tan significativo como el chino **Liu Xiaobo** pudo “tranquilizar” aquella fuerte corriente de opinión, principalmente española. Anteriormente, en 1998, ya se le había concedido el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia. Cuando murió en 2009, su funeral español se celebró en Barcelona, y a él asistió la entonces vicepresidenta del Gobierno español y el presidente de la Generalitat catalana. La presencia en los medios de comunicación, particularmente en los de signo más progresista, antes y después de su muerte, ha sido constante y hasta apabullante. Curiosamente, en los medios confesionalmente católicos su presencia ha resultado, durante

todo este tiempo, mucho más modesta y reducida, menos entusiasta. La lectura de este fenómeno requiere también alguna interpretación.

La Fundación Vicente Ferrer, constituida en el año 1970 en la India y en 1996 en España (www.fundacionvicenteferrer.org), con 758.000 “resultados” a la llamada de Google, canaliza actualmente la opinión y las ayudas para la actividad solidaria de Vicente Ferrer, que con esta institución pretende consolidar el presente y el futuro de la actuación de su fundador. El lema de esta fundación, con terminología ya solo laica, es ahora *Transformar la sociedad en humanidad*.

Constar este singular fenómeno mediático merece atención, incluso desde el solo ángulo de la comunicación social. Desentrañar su rica personalidad continúa siendo una tarea apasionante. Preguntarse sobre los diversos interrogantes de la vida de Vicente Ferrer merece especial consideración, tanto desde la teoría y la práctica de la comunicación social como desde la psicología, la teología y hasta desde la mera curiosidad por el conocimiento humano. La publicación de esta inédita entrevista puede ayudar a la formulación y a la orientación de alguno de estos grandes interrogantes. La discusión sobre la gran figura de Vicente Ferrer, aún viva, está de nuevo servida.

INTRODUCCIÓN

“Yo he consagrado mi vida al pueblo de la India. Sirvo a la humanidad en este país. Por lo tanto, mi objetivo inmediato ha sido siempre el contribuir, aunque en forma reducida, a la grandeza de la India, representada por mis hermanos los campesinos que sufren y padecen por todos nosotros. Esta es la razón por la que deseo realmente vivir y morir en la India, junto con mis hermanos”.

(De un escrito de Vicente Ferrer)

He hablado con el P. Ferrer cuando él se encontraba en olor de multitudes. Recién llegado de la India, obligado a pasar unas “vacaciones” en España, ha

acaparado la atención de la prensa, de las emisoras de radio y de la televisión. Por estos días, los grandes periódicos nacionales han dado su foto en primera página. Todo el mundo ha oído hablar del P. Ferrer y todo el mundo tiene al menos una vaporosa idea de sus trabajos en la India. Se ha convertido en un personaje popular, en un “famoso”.

El tributo de la popularidad es el desasosiego, la lata del teléfono siempre sonando, la cola de periodistas a sus puertas. Refugiado en el piso madrileño de unos amigos, no consigue quedarse tranquilo y ahuyentar la ola de ajena curiosidad sobre su persona.

La figura del P. Ferrer interesa al gran público por ser un misionero “expulsado” de la India –vacaciones forzosas–, tras muchos dimes y diretes; por los miles de pozos que dicen que allí ha alumbrado para los campesinos indios; por haber sido recibido en audiencia privada por la primer ministro, Indira Gandhi; por haber sido objeto, aquí en España, de cinco de los populares programas radiofónicos *Los Formidables*; porque es original en su atuendo, y se presenta en España con camisa de verano y sandalias sin calcetines; porque toda esta fachada externa está respaldada por una personalidad interesante.

En apariencia, su historial es el de un jesuita bastante ordinario. Nacido en Barcelona, hijo de padres valencianos, ingresa en la Compañía de Jesús a los 24 años, en aquella etapa inmediatamente posterior a la guerra española en la que las vocaciones florecieron abundantemente. Sus estudios son los normales de los jesuitas. Marcha a la India, al terminar sus años de Filosofía. Allí cursa la Teología y comienza a trabajar: se convierte en el “misionero” que hoy es y con el que a mí me ha interesado hablar.

En esta conversación no he abordado los temas anecdóticos y pasajeros –tan tocados por los reporteros que se han acercado en estos días hasta al P. Ferrer– de su “expulsión” de la India, de los motivos de su estancia en España, etc., etc. He llegado un poco más hondo y he intentado descubrir qué piensa él del jesuita, del misionero y del sacerdote. Para ello le he preguntado también un poco por

su labor en la India, por su curioso y revolucionario trabajo allí, encarnación física de los tres conceptos anteriores. Sobre todo esto, el P. Ferrer responde con pausa, calentándose y poniendo énfasis en ocasiones, cruzando las piernas o apoyando los pies descalzos sin sandalias sobre los elegantes sillones dieciochescos de la amplia sala del piso en el que hablamos. Nos hallamos cerca de la Plaza de la Cibeles y, durante la larga conversación, suena con frecuencia el carrillón del reloj del Palacio de Comunicaciones.

JESUITA

Si recuerda después de tanto tiempo, ¿por qué se le ocurrió a usted entrar en la Compañía de Jesús? ¿Qué le movió a ello?

Entré en la Compañía porque, en aquel tiempo, me pareció que era lo más grande que se podía hacer en el terreno de la dedicación a los demás.

¿Por qué le parecía esto así? ¿Estudió el bachillerato en un colegio de jesuitas?

No, yo tuve el privilegio de vivir entre la masa de la humanidad.

Bueno, ¿y la Compañía?

No digo yo que sea mejor o peor. Pero es una experiencia muy sana el vivir así, en un medio cosmopolita, sometido a diversas ideas y corrientes.

Sí, y significa, además, algo el que usted insista ahora en ello. Pero, ¿cómo conoció entonces a la Compañía?



Bueno, uno la conoce por los estudios que tiene, por lo que ha oído, por la historia... Y como la Compañía tiene fama de..., ¿no?

Sí, pero conocería, además, a algún jesuita en concreto.

No. Entré por las buenas, sin conocer a ningún jesuita en concreto. Solo por la imagen que tenía de la Compañía como lo más esforzado, lo más dedicado a los demás.

Bien, pero me imagino que aquellas motivaciones que tuvo entonces para ingresar en la Compañía de Jesús habrán cambiado bastante ahora. Que lo que entonces le movió a entrar no será lo mismo que ahora le mantiene en ella.

Pues sí. Lo básico de entonces no ha cambiado nada. Si se puede hablar de vocación, esta es sencillamente la dedicación total de una persona a una causa. La forma posterior de concretar esta dedicación puede ser diversa, puede cambiar también con el tiempo. Pero la Compañía era, y sigue siendo, el medio de encarnar la acción mía en el mundo.

EN LA INDIA

Ya, al entrar en la Compañía, ¿pensaba en irse a las misiones?

No de una manera concreta. Luego ya sí. Dentro de lo que me movía a ser jesuita, el ir a misiones me parecía que era lo más esforzado.

Y en la India, ¿cuándo pensó?

Al terminar mis tres años de Filosofía, pidieron voluntarios y me ofrecí. En aquella ocasión no me enviaron, porque querían gente más joven. Yo, por haber estudiado Derecho antes de ser jesuita, era algo mayor que mis compañeros. Pero, al año siguiente, tras pasar un curso como profesor aquí en España, ya me enviaron para la India.

Ya en la India y sacerdote, ¿dónde comenzó a trabajar?

En el mismo sitio en el que he estado hasta ahora. En Manmad, estado de Maharashtra. Esto cae en el centro de la India, hacia el oeste, junto al Océano Índico.

Su trabajo en la India se ha hecho ahora famoso. Pero, ¿cómo comenzó entonces?

Hice lo normal en toda misión

¿A qué llama usted “lo normal”?

Un misionero compañero suyo, buen



© ELSA VALLE

conocedor de todo aquello, me ha dicho que usted fue enviado a Manmad, “tirado como una colilla”, que no tenía ni cinco céntimos; que pidió dinero para una motocicleta y no se lo dieron, siendo así que padecía una doble hernia.

Que estuve un año andando por campos y aldeas sin una bicicleta siquiera, sí es cierto. Luego comencé a atender las necesidades de aquella gente. Comencé por lo cultural. Puse *boardings*, ¿cómo se llama esto en castellano?

Pensiones, internados, residencias...

Eso, residencias para los que tenían que ir a estudiar a otros centros. Luego, nosotros mismos pusimos los centros y las escuelas. De ahí pasamos a los servicios médicos, tan imprescindibles. Y terminamos en el desarrollo económico. Había que atender todas las necesidades básicas que se presentaban. Comenzamos así el desarrollo económico de la zona.

¿Con fórmulas de “desarrollo comunitario”? Supongo que conocerá este método. Yo no soy técnico, pero una vez tuve que asistir a una semana de estudios sobre esto. La fórmula es no desarrollar desde fuera, sino hacer que la gente misma se vaya desarrollando.

Sí, algo de esto, pero no creo que lo nuestro coincida. Nosotros entramos en ese área como una fuerza de choque, como una fuerza de emergencia para solucionar problemas inmediatos. El

desarrollo comunitario quizás sea algo más estudiado.

Su fórmula principal es la huida del paternalismo. No hay que dar limosnas, sino convertir a la gente en responsable de sus derechos y hacerla consciente de sus obligaciones.

Bueno, nosotros hemos procurado hacer lo mejor en una situación determinada. Una cosa es la teoría, la planificación..., y otra encontrar gente que no tiene qué comer y que exige que se haga algo inmediato. El problema nuestro allí es que la tierra no daba lo suficiente para comer. Sin ser expertos en agricultura, nuestro trabajo se lanzó a hacer fértiles las tierras, a convertir en regadío los terrenos de secano. La fórmula era sencilla.

¿Quién hace estas tareas?

Nosotros. Cogemos a una familia: para ella sola, alumbrar un pozo es un trabajo casi insuperable, por los sondeos, puesta de dinamita, acarreo de tierras, etc., etc. Nosotros le ayudamos, le hacemos el trabajo con nuestras máquinas y la familia sube ya por sí sola.

Habla usted siempre de “nosotros”, ¿a qué se refiere con este plural?

¡Cualquiera hace historia! Sería interesantísimo. Más emocionante que las películas de James Bond... Cada día, cada año, yo pensaba que lo anterior no iba a ser superado, y siempre venía un acontecimiento más gordo que achicaba lo anterior.

Bien, pero esa historia ¿a quién se refiere? ¿A los jesuitas de allá? ¿A una institución fundada por usted?

Sí, algo parecido a una institución. Todo comenzó en Bombay. Allí fui a buscarme un grupo de colaboradores. Yo soy muy práctico y concreto. A la gente que allí se reunía, le decía: “Aquí no queremos nada espiritual. No voy a dar formación, ni instrucción. Queremos solo lo que se necesita para mi territorio... Dinero. Vosotros haced lo que os dé la gana. Aquí hay una necesidad, que solo con esto se soluciona. Somos muy materialistas. Y nada más”. Pues bien, esto producía más espíritu que un sermón sobre el Espíritu: se mataban, se mataban por dar.

De esos contactos en Bombay, ¿salíó solo dinero o también personal?

Las dos cosas. En Bombay se formó un grupo de unos 500, de toda religión. Unos 25, además, se han venido conmigo a Manmad. Con estos y otros de allí mismo, formamos un grupo, quizá de unos 200 “voluntarios”. Estos son los organizadores, plenamente dedicados. Luego, en los trabajos, a veces hemos tenido contratados a hasta 50.000 trabajadores.

Esta cifra me impresiona. Me explico con esto la fama que han adquirido sus trabajos en la India, pero ese volumen de trabajos supone que esa “institución” está muy organizada, que existen vínculos muy estrechos y definidos.

Nosotros somos muy prácticos, lo repito. No tenemos reglas. Pedimos a la gente cosas muy prácticas y concretas: el dinero, o todo el tiempo y toda la vida. Pero de una forma muy libre, sin institucionalización: se puede entrar o salir, se puede estar un año o más tiempo. Lo único que une es lo que hay que hacer. Mientras esto dure, el grupo durará. Es un error enorme hacer a estos grupos eternos: luchar por que existan. Si falta la necesidad, el objetivo de trabajo, ¿para qué quiere uno mantener el grupo?

Una asociación de tanto volumen no puede permanecer indefinidamente informe, sin normas reguladoras y sin nombre.

Bien, a efectos legales, el “grupo” nuestro tiene ya un nombre y unos

estatutos formularios. Se llama Shetkari Seva Mandal, que quiere decir “Sociedad de Maharashtra al servicio de los campesinos”. Pero esto es solo legal. El nombre –alguna vez quizá le pongamos uno real– es lo de menos. Lo fundamental es que, mientras exista, el organismo haga cosas. El mal que a todos nos aqueja es querer conservar las instituciones cuando ya han muerto sus objetivos. Luchan por conservarse a sí mismas. Y venga propaganda de vocaciones, y dale que te pego... Nadie quiere morir, nadie quiere morir. Muramos, muramos.

Veo, P. Ferrer, que en esta concepción del “grupo” hay mucho implicado, que subyacen unas concepciones más amplias sobre la pastoral, sobre la Vida Religiosa, sobre las órdenes y congregaciones, sobre las asociaciones apostólicas...

Sí, no lo niego. La nuestra creo que es una obra de las que quiere el Concilio: un grupo de seglares que lo deja todo por esto –los llamamos “voluntarios”–, y se vienen (sin fórmulas, como he dicho, y por el tiempo que quieran) a dedicar su vida al trabajo por los demás. Yo entre ellos no trabajo como un “padre”: soy uno más en el *team*, un miembro más del equipo, un *social worker* como los demás. Y es que yo considero que este es el futuro de la Vida Religiosa. No exclusivamente, porque se conservarán algunas de las formas antiguas, pero el futuro de la Vida Religiosa quizá vaya en esta línea: un conjunto de personas, unidas por el objetivo común de la dedicación total a los otros, coadunados para realizar este servicio. En la India se trata de un servicio de desarrollo. En otro país más elevado, quizá se trate de estudiar Filosofía. No lo sé. Allí en la India, lo que se necesitan son grupos de personas dedicadas al desarrollo económico, al servicio médico, a la educación. Para nosotros es más sencillo, por tener objetivos inmediatos que aúnan a todos fácilmente. Y así tenemos católicos, hindúes...; todos trabajando al mismo tiempo. Tenemos casados, tenemos no casados. Cada uno vive en su sitio. Algunos viven juntos, con una vida comunitaria nacida espontáneamente. Así es mi experiencia allá en la India.

MISIONERO

Esta experiencia suya en la India plantea muchas preguntas. No me interesan tanto las anécdotas concretas de su vida. Juzgo más interesante conocer las ideas-base sobre las que apoya usted una acción sacerdotal y misionera bastante diferente de lo que la gente vulgarmente piensa. Comencemos por aclarar qué es un país de misión.

En primer lugar...

Veo que duda mucho. Si le pregunto esto es porque a usted, desde acá, le catalogamos claramente como un “misionero”...

Vamos a ver. La que nos compele a pensar es la vida, la realidad. Nosotros estudiamos y nos formamos metidos en un cuarto. Luego es la vida la que nos dice si los principios estudiados tienen o no existencia real. A golpes con la realidad es como aprendemos si los principios existen o no de hecho. Pues bien, vitalmente, la pregunta por las misiones se une a la pregunta por el misionero, por el cristiano, por la Iglesia, por el mundo y por el hombre. Y a todo esto no hay que responder con una concatenación de “ergos”, elucubrados en un cuarto. De lo existente es como hay que llegar a lo ontológico. Y procurar siempre que lo que se piense tenga una comprobación en la vida y en la acción.

Supongo que usted, a quien veo que le gusta pensar, llegado a lo ontológico,



tendrá unos conceptos elaborados sobre estos grandes temas-base.

Las ideas mías son participadas por un grupo de “misioneros” amigos. Pero insisto en que lo importante es que las ideas partan de la realidad. Así el principio, de hace siglos, *extra Ecclesiam, nulla salus*. Mira, si una persona que hubiera vivido entre la gente y hubiera palpado la vida, se hubiese preocupado por este tema, hubiese constatado al instante que ese principio no se aplica, que es un absurdo. Y así tantos y tantos otros principios...

¿Cuál es entonces su idea, elaborada en la vida, de un país en misión y de un misionero?

Tendría que escribir un libro para responder. Solo daré unas cuantas ideas sueltas. La pregunta que hace determinar el sentido de la respuesta es la siguiente: ¿cuál es el centro: Dios o el hombre? Y yo respondo que es el hombre. Sí. Dios no se va a salvar, ni se va a condenar. No va a sufrir, no va a comprometerse. Dios incluso se hizo hombre, quizás, en parte, para que nos diésemos cuenta de que el hombre es el centro de todas las cosas. Para nosotros, desde luego, lo que está en juego es el hombre. Contra esto surgen los principios de los que antes hablaba. Por ejemplo, “el hombre ha sido creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor”. Ante estos principios, hay que decir: “Esto no importa nada, esto ya no dice nada”, ¿no?

Sí.

Tenemos, pues, que cambiar enteramente. Y no es que Dios no sea el centro, enténdeme bien. Que es el centro ya lo sabemos; pero eso es en otro mundo. En este mundo en que vivimos, hemos de ser prácticos y contar con que el centro es el hombre. Toda nuestra atención se ha de dirigir al hombre, ¿no te parece?

Me parece bien, pero por esas ideas sé que muchos le echarán los perros.

Ya sé que esto se puede atacar y se puede destruir. Pero yo hablo desde un punto de vista práctico, muy práctico. Por ejemplo, el problema clásico de la predestinación. Yo digo que no me interesa: yo juzgo la historia solo desde este lado de la barrera. Cómo actúe Dios detrás, no me importa. Yo solo sé que tengo aquí delante, a este lado



de la barrera, la vida de un hombre que depende de mí. Otro ejemplo. Me dicen: “Es la voluntad de Dios”. Y yo digo: “Párese un poco, señor, párese un poco. Somos nosotros, y no Dios, los que estamos aquí creando esto o creando lo otro”. Al fin y al cabo, tenemos que actuar de acuerdo con aquello de san **Ignacio** de que hiciésemos las cosas como si Dios no existiese...

Todo esto que usted me ha dicho desemboca en que la labor de un misionero en un país de misión, que es de lo que estamos hablando, se ha de centrar en el hombre. Que el trabajo de un misionero debe ser buscar comida, ropa o pozos de agua para el hombre.

Bueno, yo hablo de la India de hoy. Quizá dentro de 50 años, y en la misma India, yo hablaría de otra manera. Miro el problema, no desde la eternidad, sino tal como está ahora. Veo que la India es un país de muchos millones de habitantes con una pequeña minoría católica. Y veo que esta pequeña minoría es tachada de egoísta e interesada. Nos miran con suspicacia. Nos dicen: “Tenéis hospitales, tenéis escuelas... Pero para bautizar, que es lo único que a vosotros os interesa”.

¿Contra eso?

Contra eso me he puesto a repensar qué es un misionero, cuál es la actividad evangélica de un misionero. Siempre hemos considerado al misionero como el ideal del cristiano. Pero, cuando hemos querido ver la función de un misionero, hemos pensado siempre en el texto “id, predicad y bautizad”, y hemos olvidado el otro texto evangélico de que el cristianismo está en el amor.

Es la concepción del misionero con la concha de agua sobre la cabeza del negro...

Sin embargo, la actividad del misionero está en el amor, en el compromiso con los problemas de los demás, en la búsqueda del bien de todos, sean católicos o no. Este ‘con todos’ es un “principio” de los que hay que constatar con la realidad, para ver si existen de verdad o no.

¿Sufre la “prueba de la realidad” ese “principio”?

Yo creo que sí. Con bautizar miles de personas, ¿crece el valor intrínseco de la humanidad? El valor intrínseco es como el oro o la plata. Y, ¿crece este, de verdad, con los bautismos masivos? O el mero conocimiento de la Trinidad, o incluso de Jesucristo, ¿aumenta el valor intrínseco de la humanidad?

¿Qué es, entonces, lo que hace aumentar el valor de la humanidad?

Cuando yo predico, allá en la India, divido a los hombres en dos grupos: los que todo lo miran para sí, los *self-centred*, y los que lo dan todo, los que cuentan con la solidaridad humana. Este último grupo es el que hace aumentar el valor intrínseco de la humanidad, sea católico o no lo sea.

Consecuencia: la labor del misionero no es directamente procurar conversiones ni bautizos.

Pretender directamente que la gente se convierta es algo horroroso. Es algo que lo vicia todo. Los católicos no somos un partido, no tenemos la angustia del número. A los que tienen la preocupación de las conversiones, yo les digo: “Si lo merecemos, habrá

seguidores sin pretenderlo”. Además, el propósito de la Iglesia no es que toda la humanidad se haga católica, sino que los católicos se conviertan en levadura de los demás. El ingreso de toda la humanidad dentro de la Iglesia es tan solo un ideal, alcanzable quizá dentro de 10.000 años. Ahora, en el momento que me ha tocado vivir, la realidad es que la Iglesia solo puede ser levadura.

Por lo tanto...

La consecuencia de todo esto es lo que insinuabas antes. La labor del misionero es el servicio, el sacrificio por los demás, la búsqueda del progreso indio en mi caso. Yo no concibo las organizaciones espirituales interesadas solo por el espíritu. Ante ellas, yo me pregunto: “¿De qué nos sirve el espíritu?, ¿de qué nos sirven tantos cursos y conferencias que miran solo al espíritu?”. Yo concibo mi acción de una forma bastante diferente. Un día estaba comiendo en un pequeño restaurante junto a un indio que solo comía unos pocos cacahuetes, una miseria. Aquel día me confirmé en todo esto. Me dije: “Este hombre no puede comer, y yo sí. Dios está ausente para él en la forma de pan y alimento. Mi obra debe consistir, pues, en llevarle a Dios en la forma en que él no lo tiene: pan, alimentos, pozos de agua”.

Le escucho, P. Ferrer, y me vienen a la cabeza problemas de España. ¿No teme usted el “temporalismo”?

¿Por qué me dices esto? Me interesa mucho conocer lo que viene ocurriendo en España

Aquí la acusación de “temporalismo” se usa bastante. El sacerdote, o la organización apostólica que penetra profundamente en los problemas humanos y terrenos, con frecuencia recibe la acusación de que lleva a cabo una acción más temporal que pastoral o apostólica.

Mira, yo de España no hablo. En la India te digo que estas cosas suceden y se dicen cuando se cae en la terrible crueldad de amar más a la religión que al hombre. A los que piensan así yo les diría que el misionero no debe existir. Dicho así, esto parece ir en contra del Evangelio. Pero lo que quiero decir con esto es que no debe existir como hasta ahora. Por supuesto que es buena la presencia del misionero, pero añadiría

que no como tal misionero. En un país de misión –hablo de la India que conozco y en la fecha en que vivimos– el misionero debe vivir como un cristiano, especialísimamente interesado por los problemas y sufrimientos de sus hermanos los hombres de la región.

SACERDOTE

Vuelvo a pensar en España, P. Ferrer. En todo lo que me va diciendo sobre el misionero subyace una concepción bastante innovadora sobre el sacerdocio. En España estamos asistiendo a una evolución de la fisonomía del sacerdote, consecuencia forzosa, seguramente, del cambio de fisonomía que está sufriendo el mismo cristianismo. La crisis sacerdotal es más fácilmente palpable en los seminarios y casas de estudio de los futuros sacerdotes. Existe público conflicto en un seminario español entre la mentalidad de los formadores y la de su obispo. En otro sitio sé que, de diez que se podían ordenar, solo lo ha hecho uno de ellos. Son estos síntomas externos –un par de ellos nada más– de la crisis existente a la hora de definir la misión del sacerdote.

Esos síntomas son muy significativos. Me interesaría muchísimo que me siguieras contando cosas de España. ¿Sabes el mensaje que te comunican esos hechos? ¿Conoces el significado teológico que encierran? Yo no sé por qué, frecuentemente, no queremos leer los mensajes que los hechos entrañan.

¿Intuye usted por dónde iría el sentido de ese mensaje?

De España, en concreto, te repito que no hablo, porque no tengo datos suficientes para hacerlo. De la misión del sacerdote, en general, te podría decir que, para clarificarla, nos hacen falta dos cosas: primero, mucha sinceridad en el análisis de la realidad, y una valentía para enfrentarse con la misma que, salvo excepciones, hasta ahora no ha tenido la Iglesia. Y segundo, visión de futuro. Así, llegaremos a una noción de la vocación al sacerdocio muy diferente a la actual.

¿En qué sentido diferente?

El sacerdocio será una profesión nacida espontáneamente de la vida; una

necesidad sentida por la humanidad, esto es, por los individuos concretos. Un ingeniero sentirá la vocación a la dedicación total al hombre, y podrá ser sacerdote. Pero la vocación se sentirá al comprobar la necesidad de trabajar por los demás, y no a los 15 años. Claro que la vocación deberá estar exenta de los condicionamientos que ahora la acompañan.

Supongo que se referirá a los condicionamientos impuestos por el estudio de latín, filosofía y teología, por la vida encerrada, etc.

Sí, eso durante la formación. Posteriormente, se aligerará mucho también la dependencia de la diócesis. Solo un mínimo quedará de la actual burocracia administrativa eclesiástica. El sacerdote será, deberá ser, el hombre útil a la sociedad. La Iglesia, entonces, será una institución viva. Ahora, todavía tenemos mucho de máquina sin vida. Morimos, estamos muriendo. Aunque es bueno que muramos, porque no queremos entender todas estas cosas.

Contra esa visión del sacerdocio le dirán a usted, P. Ferrer, que la consagración sacerdotal no añade nada; que ese ingeniero puede seguir siendo ingeniero, sin necesidad de que se haga sacerdote.

No. Yo pongo al sacerdocio en lo más fundamental que hay en él. Creo que también en esto nos hemos equivocado. Decimos que el sacerdocio es el sacramento, y no pensamos más que en el elemento “mágico” del mismo, elemento este que no excluyo, pues lo considero también necesario. Pero el sacerdocio no es eso, no se confunde con lo “mágico”. El sacerdocio es la dedicación ontológica de nuestra vida. Sentimos la necesidad de consagrarnos, de dar nuestras vidas por los demás; esto es lo que hace a un sacerdote.

Aplique eso al caso del ingeniero.

El ingeniero sigue normalmente una vida profesional: busca su propia utilidad, al mismo tiempo que el servicio a la humanidad. Pero cuando el hombre escoge una dedicación ya total de sí mismo, el ser ingeniero pasa a ser algo secundario. Este hombre será ingeniero, pero se halla interesado por los problemas de todo el mundo. Se pierde a sí mismo: eso es un sacerdote.

¿Y si esa vocación se produce en un hombre casado?

Esa vocación se producirá en todas partes.

¿Y si ese hombre-sacerdote se mezcla en acciones temporales, se mete en la política, adquiere alianzas comprometedoras, etc.?

Un sacerdocio así no será posible hasta que la actividad de un sacerdote concreto no comprometa a toda la Iglesia. Para ello será necesaria la liberación de los condicionamientos de que antes hablaba. Así se evitará que, al hacerse sacerdote, el hombre muera para pasar a convertirse en una pieza de la máquina administrativa.

¿Recibe bien la gente estas ideas sobre el sacerdocio? ¿Qué le dicen a usted, por ejemplo, al verlo sin sotana, sin elementos clericales, que son los más característicos de la antigua concepción del sacerdote?

En la India no tengo ningún problema de este tipo. Aquí, ayer mismo, me decían eso de: “La sotana es buena, porque el hábito hace al monje”. Yo contesté enseguida: “Pero es que yo no quiero que el hábito me haga a mí un monje, no quiero. Yo me quiero hacer a mí mismo. No quiero que me hagan, no quiero que me hagan...”.

Madrid, Mayo de 1968

